

“... La mirada a Jesús, Verbo Encarnado ”
Don Lorenzo Pertusini

Siempre me han impresionado las palabras de sor Beniamina, cuando informa inmediatamente después de la muerte de sor María Laura, a petición del entonces obispo de Como, Mons. Alessandro Maggiolini, sobre escribir un testimonio sobre su vida, ella y las otras hermanas no sabían cómo hacerlo porque, eso es lo que decían, tenían poco de qué escribir. Todas se negaron a hacerlo debido a su incapacidad declarada. Sor María Laura era demasiado "normal" para escribir sobre ella: ¿qué hay de especial para decir si no hay nada extraordinario? Pasará un año antes de que las hermanas, a pesar de sí mismas, tras un último llamamiento molesto del obispo, decidan escribir. ¿Quién de ellas? Será la hermana Beniamina. "Tú, eras su amiga, hazlo."

Nada para escribir porque era demasiado normal. A partir de esta anécdota, quisiera hacer una primera reflexión que se refiere al misterio de la Encarnación de Jesús que próximamente estaremos celebrando en Navidad. Me parece que hoy pocas personas buscan la normalidad, que es la primera cara de la encarnación: la vivimos, claro, pero no la queremos, la apoyamos sin elegirla. Sin embargo, el Hijo de Dios que vino al mundo la vivió, una vida normal, donde el ministerio público será fruto y expresión de una humanidad aprendida y madurada durante estos treinta años de Nazaret - "la vida oculta" como lo llaman, en la vida familiar cotidiana, las amistades, el trabajo, las pequeñas cosas cotidianas. Una normalidad que apareció desde el nacimiento en Belén y que asombró a los mismos pastores invitados por los ángeles a adorarle primero "¡Pero Dios, qué señal! - observa Von Balthasar -. No, no el recién nacido. Pero un recién nacido. Un recién nacido cualquiera. Nada de especial. No un niño que brilla con una luz piadosa, como han pintado los pintores piadosos. Sino al contrario: uno que parece tan poco glorioso. Envuelto en pañales. [...] Prácticamente no hay nada particularmente elevado, el objetivo de la caminata nocturna es lo más normal en este mundo, bastante decepcionante en su pobreza. Lo que es universalmente humano, lo que es profano, que no está marcado más que por el hecho de que es el signo prometido, que corresponde a la descripción "...¹ Los pastores - fíjense en el Evangelio – se iban glorificando y alabando a Dios, tal vez por haber pensado que si este niño común era el Salvador prometido, entonces la de ellos también podría ser una vida digna y ellos también, los últimos, eran valiosos a los ojos de Dios.

Ahora, volvamos a nosotros mismos y a nuestro mundo que escapa a la normalidad y reflexionemos sobre los sueños que muchos adultos - padres y abuelos - tienen sobre los niños, a partir de las cuales se desarrollan las catástrofes educativas de nuestro tiempo. No queremos que sean ellos mismos y encuentren su propia dimensión, sino que se conviertan en "alguien", que se destaque de la media, que no se queden en la norma; sobre ellos, sobre los pequeños, el mundo de los grandes descarga sus frustraciones, generando las inseguridades o las tiranías que bien

¹ HANS URS VON BALTHASAR, *"Tu coroni l'anno con la tua grazia"*, Jaca Book, Milano 1990, 216.

conocemos. Cualquiera que conozca el mundo de los deportes juveniles podría escribir libros al respecto.

Vivimos en una sociedad donde la competencia es febril, donde los más frágiles no encuentran su lugar y donde nos llegamos a preguntar -como consecuencia lógica- en un momento dado, si un feto que padece síndrome de Down o otras enfermedades merece nacer: "¿a qué vida condenamos a los pobres?" El Señor nos respondería como a sus discípulos: "No sabéis lo que pedís". (Marcos 10,38). De estas faltas, nadie, repito, nadie puede sentirse exento. Todos, más o menos, tenemos la idea errónea de que la normalidad debe evitarse y que para tener éxito en la vida hay que aspirar a alguna forma de fama, un espacio de poder o un gran paquete de dinero. Tentaciones, estas que son tan antiguas como el mundo y que, hoy como entonces, por el contrario, abren la vida de los individuos y de la sociedad a una cuestión más grave, o más bien a la cuestión por excelencia: ¿por que vale la pena vivir?

Me gustaría responder con la Hermana María Laura, a través de dos de estos escritos que la Hermana Beniamina buscó y que no encontró en cuadernos espirituales específicamente pensados (de los cuales no se encontró rastro) sino entre muchas otras publicaciones. de un tipo completamente diferente anotado en sencillos diarios, los que los bancos regalaban para el nuevo año. "Tu mirada se posa sobre mí. Mirada muy tierna de Padre, de hermano, de amigo, de esposo . Yo también te miro, te busco, te amo, fijo mi mirada en ti ". Y otra vez: "Señor, qué fácil es engañarse a sí mismo. Ilumíname sobre el valor de mi vida a tus ojos. Solo tú ves con precisión en mi. "

Librarme de la importancia que le doy, a pesar mío, a lo que hago, a lo que logro de concreto. Me arriesgaría a deslumbrarme cuando nada tiene valor para Ti excepto la caridad. Que mi única ocupación y "preocupación" sea amar. Amarte a ti mismo, por ti mismo y en todas tus encarnaciones a mi alrededor. Te amo por encima de todo, por encima de mí. "

"Pero el amor está solo en la voluntad. Guárdame de confundir el amor con la emoción sentimental, con la ligereza de una afectividad demasiado humana e indigna de Ti. El amor es esencialmente un don: es un don voluntario de uno mismo. [...] Entonces enseñame a amar. "

Una oración -la suya- que pedía quedarse con los pies en la tierra ("qué fácil es hacerse ilusiones sobre uno mismo"), porque es consciente de que lo que importa a los ojos del Cielo, y lo que finalmente, es la vocación común de todo cristiano es amar ("nada vale para ti, excepto la caridad") y ser amado ("tu mirada está en mí"). Por eso, vale la pena vivir; de hecho, también vale la pena morir.

¿Quién de nosotros podría negarlo? ¿Quién de nosotros no lo ha experimentado ya, en negativo o en positivo? ¿Quién de nosotros no sabe, a su pesar, que el mayor dolor es no ser amado? el abandono de un padre o de una madre, la traición de un amante, o la de un amigo, el hecho de ser ignorado, menospreciado, rechazado; y ¿quien no sabe que las mayores alegrías, por el contrario, son los paseos con los abuelos, las caricias de una madre, los juegos con papá, los días que se pasan con

los amigos, la dedicación sincera a su trabajo, el tiempo dedicado a quienes lo necesitan? Todo son pruebas de un amor que se da. Sin embargo, con demasiada frecuencia lo olvidamos. Nuestro orgullo y el mal sufrido nos hacen infelices y terminamos creyendo que una vida entregada es una vida desperdiciada. Nada hay de más equivocado. Hay que volver a escuchar a Jesús, que nos asegura que “el que pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará” (Mc 8,35) y que recibirá “en este tiempo ya la ciento por uno” (Mc 10,30); tenemos que encomendarnos a la alegría de los santos, a quienes ya recibieron el ciento por uno y lo llevan imprimido en el rostro.

Nos referíamos a los sueños que tenemos sobre nuestros hijos. No tengo hijos, pero me gustan mucho los niños y jóvenes que conozco en el oratorio. Sin embargo, hay otros deseos a los que los adultos deberíamos aspirar y transmitirles: “¿Por quién quieres gastar tu vida? ¿A quién te quieres entregarte? Cada uno es capaz de ello, pues cada hombre lleva en sí la capacidad de amar y la dignidad de ser amado. Que esta sea nuestra normalidad. Que esta sea la fuente y la motivación de nuestra alegría, decir con sor María Laura: “Que mi única ocupación y preocupación sea el amor. Quererte a ti mismo, a ti mismo y en todas tus encarnaciones de mi alrededor”.